

SI ENTRAS, TE ATRAPARÁ

EL

SÓTANO



NATASHA PRESTON

EL
SÓTANO

NATASHA PRESTON



CROSSBOOKS

infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *The Cellar*

Publicado originalmente en Estados Unidos por Sourcebook, un sello de Sourcebook, Inc. www.sourcebooks.com

© 2014, Natasha Preston

© de la traducción, Julia Alquézar, 2017

© de la imagen de cubierta, Evgeny Karandaev/Shutterstock Images
Cover iCCover

© Editorial Planeta S. A., 2017

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: septiembre de 2017

ISBN: 978-84-08-17458-5

Depósito legal: B 14.906-2017

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Summer

Sábado, 24 de julio (presente)

Al mirar por la ventana de mi dormitorio, me encontré con otro aburrido día del típico verano inglés. Los espesos nubarrones hacían que el día fuera más oscuro de lo que cabría esperar en pleno julio, pero no pensaba dejar que eso me molestara. Por la noche iba a ir a un concierto para celebrar el fin de curso y estaba decidida a pasármelo bien.

—¿A qué hora te vas? —preguntó Lewis.

Entró en mi habitación, como de costumbre, y se sentó a mi lado en la cama. Llevábamos juntos más de un año. Así que a esas alturas nos sentíamos muy cómodos el uno con el otro. A veces, añoraba la época en que Lewis no me decía que tenía que colgar porque se hacía pis, o cuando recogía sus calzoncillos antes de que yo llegara. Mamá tenía razón: cuanto más tiempo pasas con un hombre, más ordinario se vuelve. De todos modos, no lo cambiaría por nada. Se supone que tienes que aceptar a quien quieres tal y como es, así que yo aceptaba su desorden.

Me encogí de hombros y me miré en el espejo. Mi pelo era aburrido, lacio y soso. No conseguía darle un aspecto natural y con estilo. Por muy «sencillos» que parecieran en la revista

los pasos para obtener el *look* «recién levantada», nunca conseguía que me quedara bien.

—Me marchó dentro de un minuto. ¿Qué tal estoy?

Al parecer, la seguridad en uno mismo es el rasgo más atractivo de una persona. Pero ¿y si no la tenías? No se finge sin más. Yo no era guapa como una modelo, ni sexy como una chica Playboy, y desde luego no me sobraba confianza. Básicamente, estaba hecha un desastre, pero, al mismo tiempo, me sentía muy afortunada de tener un novio tan ciego a mis defectos como Lewis.

Sonrió burlón y puso los ojos en blanco: era su cara de «ya está otra vez con lo mismo». Al principio le molestaba, pero ahora creo que mi actitud le divertía.

—Sabes que te veo por el espejo, ¿no? —dije, clavando la mirada en su reflejo.

—Estás preciosa. Como siempre —contestó—. ¿De verdad no quieres que te lleve esta noche?

Suspiré. Volvía a insistir. El local del concierto estaba a unos minutos de mi casa a pie. Era un trayecto que podía hacer con los ojos cerrados.

—No, gracias. Iré caminando. ¿A qué hora os marcháis?

Se encogió de hombros y apretó los labios. Me encantaba ese gesto suyo.

—Cuando el vago de tu hermano esté listo. Pero ¿estás segura? Podemos llevarte; nos va de paso.

—¡No hace falta! ¡En serio! Yo me voy ya, y si piensas esperar a que Henry esté listo, más vale que te armes de paciencia.

—No deberías andar por ahí sola de noche, Sum.

Suspiré de nuevo, más profundamente, y dejé de un golpe el cepillo sobre la cómoda de madera.

—Lewis, llevo años haciéndolo. Solía ir y volver de la escuela, y lo haré de nuevo el año que viene. Estas dos —dije, dándome una palmada en las piernas para añadir énfasis a mis palabras— me funcionan muy bien.

Bajó la mirada a mis piernas y se le iluminó la cara.

—Hum... Sí, en eso estoy de acuerdo.

Sonriendo, lo empujé sobre la cama y me senté en su regazo.

—¿Por qué no cortas ya todo ese rollo de novio sobreprotector y me besas de una vez?

A Lewis se le escapó una risita, y sus ojos azules brillaron después de que nuestros labios se encontraran. Tras dieciocho meses, sus besos aún conseguían acelerarme el corazón. Empezó a gustarme cuando tenía once años. Venía a casa con Henry todas las semanas, después del entrenamiento de fútbol, mientras su madre trabajaba. Pensaba que no sería más que un cuelgue pasajero, como el que había tenido con Usher en su momento, y no le di más vueltas; pero entendí que era algo más porque, después de cuatro años, seguía sintiendo mariposas en el estómago.

—¡Qué asco dais!

Di un brinco al oír la voz grave e irritante de mi hermano. Puse los ojos en blanco.

—Cállate, Henry.

—Cállate tú, Summer —respondió.

—No puedo creerme que tengas dieciocho años.

—Te he dicho que te calles, Summer —insistió él.

—Paso de ti. Me largo —añadí.

Me aparté de Lewis. Le di un último beso y salí de la habitación.

—Idiota —murmuró Henry.

«Idiota inmaduro», pensé yo. Lo cierto es que a veces sí que nos llevábamos bien, y era el mejor hermano mayor que uno pudiera tener, pero me ponía de los nervios. No me cabía duda de que iríamos de riña en riña hasta que nos muriéramos.

—¡Summer, ¿te vas ya?! —gritó mamá desde la cocina.

«No, estoy saliendo por la puerta para gastarte una broma.»

—Sí.

—Cariño, ve con cuidado —dijo papá.

—Sí, papá —contesté con rapidez, cruzando la puerta antes de que me pudieran detener.

Seguían tratándome como si estuviera en primaria y no pudiera salir sola. Nuestra ciudad era probablemente, o más bien, con toda seguridad, el lugar más aburrido del mundo; jamás había pasado nada ni de lejos interesante.

El acontecimiento más notable había tenido lugar dos años antes, cuando la anciana señora Hellmann (sí, como la mayonesa) desapareció durante horas, hasta que la encontraron merodeando por un prado, adonde había ido a buscar a su difunto marido. Toda la ciudad se volcó en su búsqueda. Todavía recuerdo el revuelo que se armó por el mero hecho de que hubiera ocurrido algo.

Empecé a andar por la acera, que conocía como la palma de mi mano, hacia el camino que pasaba junto al cementerio. Esa era la única parte que no me gustaba. Los cementerios dan miedo, no hay más que hablar. Sobre todo cuando estás sola. Sutilmente, eché un vistazo a mi alrededor, sin dejar de andar. Me sentía incómoda, incluso después de dejar atrás el cementerio. Nos habíamos mudado a ese barrio cuando yo tenía cinco años, y siempre me había sentido segura allí. Había pasado la infancia jugando en la calle con mis amigos, y cuando me hice mayor, quedábamos en el parque o en el club. Co-

no sabía al dedillo la ciudad y a la gente que vivía en ella, pero ese sitio siempre conseguía ponerme los pelos de punta.

Me abroché la chaqueta y apreté el paso. Casi veía el club, estaba justo a la vuelta de la esquina. Volví a mirar por encima del hombro y ahogué un grito cuando una figura oscura salió de detrás de un seto.

—Lo siento, guapa, ¿te he asustado?

Suspiré aliviada cuando me di cuenta de que se trataba del viejo Harold Dane.

—No, no pasa nada.

Levantó una bolsa negra que parecía pesada y la tiró al cubo de la basura al tiempo que emitía un gruñido profundo, como si estuviera haciendo levantamiento de pesas.

Harold Dane era un tipo delgaducho, con la piel arrugada y descolgada. Daba la impresión de estar a punto de partirse por la mitad, como una rama seca.

—¿Vas a la disco?

Sonreí por la palabra que había usado: «Disco». Supongo que en su época debían de llamarla así.

—Sí. He quedado con mis amigos allí.

—Vale, pues que te lo pases bien, pero, ojo, no pierdas de vista la bebida. He oído que, ahora, hay chicos que se dedican a echar drogas en las copas de las chicas jóvenes y guapas como tú —me dijo a modo de aviso.

Negó con la cabeza como si fuera el escándalo del año y todos los adolescentes anduvieran por ahí cometiendo violaciones tan campantes.

Le sonreí educadamente y me despedí.

—Iré con cuidado. Buenas noches.

—Buenas noches, guapa.

El club se veía desde la casa de Harold; cuanto más me

acercaba a la entrada, más tranquila me sentía. Al final, mis padres y Lewis habían conseguido meterme el miedo en el cuerpo: era ridículo. Cuando llegué a la puerta, mi amiga Kerri me cogió del brazo por detrás, y no pude evitar dar un respingo. Ella se rio con mi reacción. «Sí, claro, desternillante.»

—Perdona. ¿Has visto a Rachel?

El corazón volvió a latirme a un ritmo normal a medida que mi cerebro procesaba la cara de mi amiga y me convencía de que no era el asesino de *Scream* o Freddy Krueger.

—No he visto a nadie. Acabo de llegar.

—Joder. Ha vuelto a pelearse con el idiota y ha salido corriendo, y su teléfono está apagado.

Ah, el idiota. Rachel y Jack, su novio, tenían una relación tormentosa que yo no conseguía entender: ¿qué te lleva a seguir con una pareja con la que te pasas el tiempo discutiendo y amargada? ¿No es mejor cortar por lo sano?

—Deberíamos ir a buscarla.

No me apetecía nada. Tenía la esperanza de pasar una noche divertida con mis amigos y lo último que quería era ir a buscar a una chica que debería haber dejado al perdedor de su novio hace mucho. No obstante, con un suspiro, me resigné a lo inevitable.

—Vale, ¿en qué dirección se ha ido?

Kerri enarcó una ceja y me miró.

—Eso me gustaría saber a mí, Summer...

Puse los ojos en blanco, la cogí de la mano, y nos dirigimos hacia la carretera.

—Bueno. Yo voy a la izquierda, tú, a la derecha.

Kerri se despidió con un gesto de la mano y giró a la derecha. Le sonreí y seguí mi camino. Esperaba que Rachel estuviera cerca, por su propio bien.

Crucé la cancha de deportes, en dirección a la salida trasera, por si había tomado un atajo a su casa. De repente sentí frío y me froté los brazos para intentar entrar en calor. Aunque Kerri me había dicho que Rachel tenía el teléfono apagado, traté de llamarla, pero, como era de esperar, me saltó el buzón de voz. Si no quería hablar con nadie, ¿por qué demonios teníamos que ir tras ella?

Nunca me había gustado dejar mensajes de voz, así que, cuando tuve que dejarle uno, me salió algo forzado. Seguí caminando hacia la pista de *skate* que estaba en la parte de atrás del parque. El patrón de las nubes había cambiado, de modo que ahora formaban un remolino gris en el cielo. La imagen era extraña e inquietante, pero no carecía de cierta belleza. Entonces, sentí una brisa fría que me pegó el pelo ligeramente miel y rubio (según Rachel, la aspirante a peluquera) a la cara. De repente, un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

—¿Lily?! —exclamó una voz grave y desconocida, a mis espaldas.

Me di media vuelta y retrocedí al ver a un hombre alto, de pelo oscuro. El corazón me dio un vuelco. ¿Qué hacía escondido entre los árboles? No me dio buena espina. Desde donde estaba, distinguí una sonrisa de satisfacción en su rostro y me extrañó que no se le moviera el pelo con el viento. ¿Cuánta laca habría usado? De no haber estado aterrada, le habría preguntado qué marca compraba, para intentar domar con ella mi melena.

—Lily —repitió.

—No. Lo siento, se equivoca.

Tragué saliva, retrocedí otro paso y miré a mi alrededor con la vana esperanza de que alguno de mis amigos estuviera cerca.

—No soy Lily —murmuré.

Eché los hombros hacia atrás y levanté la mirada para aparentar seguridad, sin conseguirlo. Su ominosa presencia me cortaba la respiración.

Él negó con la cabeza.

—No. Tú eres Lily.

—Me llamo Summer. Le digo que se equivoca de persona.
—«Pedazo de friki.»

Pero ¡qué tonta! ¿Cómo se me ocurría decirle mi verdadero nombre? No obstante, el hombre no se inmutó, siguió mirándome con una sonrisa helada. Me repugnaba. ¿Por qué se empeñaba en repetir que yo era esa tal Lily? Aún albergaba una brizna de esperanza de que me confundiera con su hija y de que no fuera un loco siniestro.

Retrocedí otro paso y busqué con la mirada una vía de escape, por si acababa necesitándola. El parque era grande, y yo estaba en la parte trasera, sentí ganas de llorar. ¿Por qué había tenido que ir allí sola? Tenía ganas de gritarme a mí misma por ser tan estúpida.

—Tú eres Lily —repitió él.

Antes de poder pestañear, se abalanzó sobre mí y me agarró. Intenté gritar, pero me tapó la boca con la mano para sofocar mis chillidos. ¿Qué demonios estaba pasando? Forcejeé con él para que me soltara, pero lo único que conseguí fue hacerme daño en los brazos. «¡Dios mío, va a matarme!» Se me saltaron las lágrimas y perdí el control. Tenía las manos entumecidas y un nudo en la garganta. Presa del pánico, solo podía pensar en una cosa: «Voy a morir. Va a matarme».

El desconocido tiró de mí con tanta fuerza que me quedé sin respiración al chocar contra él. Entonces, me giró de modo que mi espalda quedó pegada a su pecho. Seguía tapándome

la nariz y la boca con la mano, así que me costaba respirar. No conseguía moverme, pero no sabía si era por la fuerza con la que me sujetaba o por el miedo, que me paralizaba. En cualquier caso, me tenía atrapada y podía hacer conmigo lo que quisiera, porque yo no podía mover ni un maldito músculo.

Me obligó a salir por la puerta trasera del parque y a cruzar la cancha de juego. Intenté gritar de nuevo para pedir ayuda, pero su mano actuaba de mordaza, y apenas conseguí emitir un sonido. Mientras me arrastraba hacia una furgoneta blanca, el hombre repetía «Lily» una y otra vez.

No pude evitar fijarme en los árboles de mi alrededor y en los pájaros que se posaban en sus ramas. Era extraño, pese a mi calvario, la vida seguía su curso. Dios mío, tenía que huir como fuera. Saqué fuerzas y conseguí clavar los pies en el suelo. Grité tan fuerte que me dolió la garganta. No obstante, mi esfuerzo fue en vano: solo los pájaros podían oírme.

Para hacerme callar, me clavó un brazo en el estómago, pero lo único que consiguió fue arrancarme otro grito de dolor. De nuevo, cuando soltó un brazo para abrir la puerta trasera de la furgoneta, pedí auxilio.

—¡Cállate! —exclamó, a la vez que me empujaba dentro del vehículo.

En el forcejeo, me golpeé la cabeza en el lateral de la furgoneta.

—Por favor, deja que me marche. Por favor. No soy Lily. Te lo ruego —supliqué, mientras me tapaba con una mano la herida que me había hecho en la cabeza.

Temblaba como una hoja por el miedo y boqueaba para respirar, desesperada por llenar de aire los pulmones.

Entonces, el gesto de su rostro cambió: se le hincharon las aletas de la nariz y abrió los ojos como platos.

—Estás sangrando. Limpia eso. Ahora —gruñó en un tono de amenaza que me hizo estremecer.

Me dio un pañuelo y desinfectante. Pero me quedé quieta. Estaba tan asustada y confundida que apenas podía moverme.

—¡Que lo limpies!

Ante su grito, reaccioné encogiéndome. Me llevé el pañuelo a la cabeza y me limpié la sangre. Me temblaban tanto las manos que estuve a punto de derramar el desinfectante al echármelo sobre la palma para aplicármelo en el corte. Cuando lo hice, me escoció tanto que apreté la mandíbula y entorné los ojos en un gesto de dolor.

El hombre, con la respiración agitada y cara de asco, no perdía detalle de lo que hacía. ¿Qué cojones le pasaba?

Las lágrimas volvían a nublar me la vista, y me caían por las mejillas. Cuando cogió el pañuelo, el hombre puso especial cuidado en no tocar la parte manchada de sangre; lo guardó en una bolsa de plástico y se lo metió en el bolsillo. Horrorizada, lo observé limpiarse las manos también con desinfectante. El corazón me retumbaba en el pecho. No conseguía convencerme de que todo eso estuviera pasándome de verdad.

—Dame tu teléfono, Lily —dijo con calma y extendiendo la palma de una mano.

Sin dejar de llorar, metí una mano en el bolsillo donde guardaba el móvil y se lo entregué.

—Buena chica.

Entonces, cerró la puerta de un golpe y me quedé sumida en la oscuridad. ¡No! Chillé y aporreé la puerta. Un momento después, oí el rugido inconfundible de un motor y sentí un tirón cuando la furgoneta arrancó. Nos movíamos. Pero ¿adónde me llevaba? ¿Y para qué?

—¡Por favor! ¡Ayuda! —grité, y golpeé una y otra vez la puerta trasera.

Pero fue inútil; aunque sabía que era imposible que la puerta se moviera, tenía que intentarlo.

Cada vez que doblaba una esquina, me golpeaba con un lado de la furgoneta, pero me levantaba, y volvía a pedir auxilio a gritos y a aporrear el vehículo. Empecé a jadear y a quedarme sin aliento. Sentía que me faltaba el aire.

Siguió conduciendo, y, con cada segundo, mi esperanza menguaba. Finalmente, la furgoneta se detuvo y me quedé helada. «Se acabó. Va a matarme.»

Tras unos angustiosos momentos de incertidumbre, durante los que oí el crujido de sus pisadas en el exterior, la puerta se abrió de golpe y me arrancó un sollozo. Yo quería decir algo, pero me había quedado muda. Él sonrió, se acercó a mí y, antes de que pudiera apartarme, me agarró del brazo. Estábamos en mitad de la nada. Una casa grande de ladrillo rojo, rodeada de altos arbustos y árboles, se levantaba al final de un sendero de piedra.

Allí nadie me encontraría. Intenté identificar algún detalle distintivo, pero nada la diferenciaba de las muchas parcelas de campo que hay a las afueras de mi ciudad. En definitiva, no tenía ni idea de dónde estaba.

Intenté resistirme mientras me sacaba de la furgoneta y me empujaba hacia la casa, pero él era demasiado fuerte. Volví a gritar en un intento final de conseguir ayuda, y, en esta ocasión, me lo permitió. Al darme cuenta de lo que eso significaba, se me cayó el alma a los pies: nadie podía oír mis gritos.

En mi mente resonaban solo tres palabras: «Te quiero, Lewis». Intenté prepararme para morir o para los horrores que pudiera haber planeado para mí. Tenía el corazón en un puño.

A empujones, me obligó a cruzar la puerta principal y a recorrer un largo pasillo. Intenté fijarme en todos los detalles, desde el color de las paredes hasta la ubicación de las puertas, por si se presentaba la oportunidad de escapar; aunque el pánico me impedía retener nada, me sorprendió lo luminoso y cálido que era el vestíbulo. Entonces, sentí sus dedos clavados en el brazo, bajé la mirada y vi las marcas que me estaban dejando en la piel, semejantes a cuatro cráteres.

Sin una palabra, me empujó de nuevo hacia delante y me di de bruces con una pared verde menta. Me apretujé en una esquina de la habitación, temblando con violencia, mientras rezaba para que un milagro le hiciera cambiar de opinión y me dejara marchar. «Haz lo que te dice», pensé.

Si conservaba la calma, puede que consiguiera hablar con él y convencerlo de que me dejara ir, o quizá hallara alguna forma de escapar.

Con un ligero gruñido, apartó una estantería de tamaño medio y dejó el pomo de una puerta oculta a la vista. La abrió y, cuando vi la escalera de madera que había tras ella, ahogué un grito. La cabeza me daba vueltas. Ahí abajo estaría a su merced. Me imaginé una habitación sucia y cutre, con una mesa de operaciones de madera, bandejas con herramientas afiladas y un fregadero cubierto de moho.

Por fin recuperé el control de la voz y grité de nuevo; la garganta me ardía, pero eso no me detuvo.

—¡No, no! —exclamé una y otra vez hasta quedarme sin fuerzas.

Se me hinchó el pecho mientras luchaba por conseguir aire. «Esto tiene que ser una pesadilla. Tengo que despertarme.» El hombre me agarró con mucha fuerza y me arrastró sin esfuerzo; me resistí con uñas y dientes, pero estaba claro

que mi peso le resultaba insignificante. Me empujó hacia la estrecha pared de ladrillo que estaba delante de la puerta. Volvió a agarrarme por el brazo con más fuerza todavía y me obligó a bajar hasta la mitad de la escalera. Me quedé allí, petrificada, presa del pánico y sin entender aún lo que estaba pasando.

Entonces, boquiabierta, miré a mi alrededor. Estaba en una habitación pintada de un azul claro que era sorprendentemente bonita; sin duda, demasiado para ser el sótano de tortura de un maníaco. En una esquina, vi una cocina pequeña y dos sofás de cuero marrón; en otro rincón había una silla orientada hacia un pequeño televisor en el centro de la habitación y, enfrente de la cocina, tres puertas de madera. Estaba casi tan sorprendida como aliviada.

Aquel lugar no parecía un sótano. Todo estaba demasiado limpio y ordenado, no había nada fuera de sitio. Un aroma intenso a limón inundaba el espacio y me hizo cosquillas en la nariz. En una mesa auxiliar, colocada detrás de la mesa de comedor y de las sillas, había cuatro jarrones: uno contenía rosas; otro, violetas, y el tercero, amapolas. El cuarto estaba vacío.

Me derrumbé en el peldaño y tuve que agarrarme a la pared para no caer escalera abajo. El golpe de la puerta al cerrarse me provocó un escalofrío. Estaba atrapada. Antes de poder recuperarme, grité al ver a tres mujeres al final de la escalera. Abrumada, me di un golpe contra la tosca pared. Una de ellas, una guapa morena que me recordaba un poco a mamá de joven, me sonrió con tanta ternura como tristeza y me tendió la mano.

—Ven, Lily.